

Eutanasia

Al enterarse que ya en el país se puede practicar la eutanasia se llenó de alegría y al mismo tiempo de dudas. Alegría pues ya no iba a tener que seguir soportando los dolores, la parálisis de sus brazos y manos, su ceguera reciente. Por supuesto había preguntado a gritos que por qué le sucedía todo eso a él, que no creía haber hecho nada para merecerlo. Su pecado o vicio fue la música pero la prodigó a todo aquel que deseara escucharla. Él no culpó como muchos a Dios de todos sus males, tampoco a su mujer que lo abandonó cuando lo supo enfermo y menos aún a sus hijos que se fueron desde hace tiempo. Seguía protegido por sus amigos, sus compañeros de orquesta que lo visitaban frecuentemente y aportaban parte de sus emolumentos para pagar las medicinas.

Las dudas pensó serían las normales en cualquier persona: qué se sentiría al momento de morir, ¿se separaría el alma del cuerpo?, ¿su familia iría a respetar su deseo de que lo cremaran y las cenizas las tiraran en pleno Zócalo a media noche? Quería estar para siempre en el ombligo del país al que tanto amo.

La primera vez que pensó en morir, aún no en quitarse la vida, fue cuando no logró componer unas tristes notas para el vals que le encargaron. Se trataba de un vals clave en la comedia musical que se estrenaría para fin de año. Todos esperaban lo mejor de él. Él, el primero. No pudo pensar en nada. El joven que era su secretario y ayudante se quedó con la libreta pautada donde traduciría el canto del compositor. Era su forma. Antes, cuando podía mover las manos y los brazos era todo distinto.

La primera vez en que pensó, ahora sí, en quitarse la vida, fue cuando no pudo recordar su propia música, en especial la gavota que tanto le aplaudían. Mil veces, por decir una cifra, la había interpretado y lo había

hecho en todos los teatros del mundo. Su melodía era tan pegajosa, tan fácil, con tanto ritmo, que la cantaban hasta en los lugares que no correspondía como teatros de burlesque o en estadios de deportes. Eso le divertía y le divertía mucho. La música es para el pueblo contestaba cuando le pedían su opinión.

Un año transcurrió desde que tuvo esta idea. Sus convicciones religiosas se oponían drásticamente a ese pensamiento. No iba a fallarle a su religión así pasara lo que pasara. Tampoco podía fallarle a su familia y a sus amigos. No era un cobarde.

Los dolores, la parálisis que aumentaba poco a poco para iniciarse ya en las piernas, la ceguera y sobre todo el ya no poder componer nada fueron minando su carácter, su fuerza, sus mismos pensamientos religiosos. Soy un inútil para todos y sobre todo para mí, de qué me sirve vivir si a esto se le llama vida, se decía una y otra vez.

Sí le tenía miedo a la muerte, no por el dolor pues ese ya lo sufría desde hacía mucho. Le tenía miedo por no saber que iba a ser de él después de desaparecer de la tierra. No es que creyera en el cielo o el infierno, eso no. Pero sí a lo que pudiera estar después. No quería que sus males se prolongaran por una eternidad. Ni sus males ni el abandono de sus seres queridos. En este último año hasta sus fieles compañeros lo dejaron solo. A nadie le puede divertir visitar a un ser que no recuerda casi nada, que no puede moverse, que es un inútil. Bastante hacen con enviarme dinero, se decía justificándolos.

Pidió una cita para solicitar el permiso de acabar con su vida. Primero vinieron dos mujeres, trataron de convencerlo que la vida valía la pena ser vivida en las condiciones que fueran. Inútil su visita. Después vino un médico que le hizo un estudio completo. Sí, usted no tiene posibilidades de mejorar pero sí de empeorar. Por lo tanto es un candidato a la eutanasia si usted así lo desea. Eso es lo que quiero, contestó en voz alta. El médico

anotó un nombre. Era la persona que lo iba a inyectar el día que él decidiera. Aclaró que se le nombraba solamente con el seudónimo de Tánatos ya que no quería que su nombre apareciera en ningún papel. A nadie le gusta ser verdugo, sonrió el médico cuando lo dijo. Vendrá en una semana para que se pongan de acuerdo. Es una persona muy responsable. Después salió.

Tánatos vino el día y a la hora fijadas. Era una persona ya mayor pero no anciana. Tenía una barba gris corta y sus ojos azules los cubría con unos lentes redondos. A diferencia de lo que esperaba el músico, resulto ser una persona agradable, hasta con sentido del humor y una amplia cultura. Le externó en varias ocasiones su admiración para terminar diciéndole que para él era un enorme honor poderlo ayudar en ese trance. Le aseguró que todo iba a ser muy rápido y sin dolor. Era un simple piquete que no iba a sentir pues él exigía que los pacientes bebieran antes dos copas de champaña. Una para agradecer a la vida y la siguiente para despedirse de ella. Es como un ritual, aseguró. El músico quedó de acuerdo. Fijo la fecha para un mes. Antes tengo que arreglar todos mis papeles, repartir lo poco que tengo, saber dónde me van a incinerar. Ese día, por favor no toque la puerta, suplicó, pues no habrá quien le abra como hoy, quiero estar solo con usted y con lo que representa. Le pidió que tomara un llavero que estaba sobre la mesita del centro. La llave larga es la de la puerta de la calle. Las demás no tienen importancia.

Llegó la fecha con mayor rapidez de lo que se imaginaba. Su joven ayudante lo vistió a la manera usual antes de irse. A las seis de la tarde llegó Tánatos con un pequeño estuche y una bolsa que contenía una botella de champaña. Yo la compré, aclaró, siempre lo hago y más hoy en el caso de usted a quien tanto admiro, viene fría. Preguntó dónde había copas champañeras y si podía tener un poco de hielo para poner la botella un momento más.

Mientras se enfriaba la bebida comentó del calor de la ciudad, de los precios que seguían subiendo día con día, de la última novela que leyó, una de Kundera. Trajo las copas y las sirvió. Brindemos por la vida en primer lugar, pidió. Los dos bebieron lentamente, con gusto.

- Muy sabrosa, dijo el músico. Gracias.

- Ahora bebamos la segunda, para que usted se despida. ¿Está listo?

El músico sonrió ampliamente. ¿Qué creé? Ya desistí de lo que pensaba hacer el día de hoy. No se preocupe, sus honorarios serán cubiertos al pie de la letra. Por supuesto para esto tengo que darle una explicación que con gusto haré. Cuando pedí su asistencia para morir todo empezó a cambiar. A mis hijos a los que les avisé de mi determinación me prometieron venir y llevarme con ellos. Están muy arrepentidos de haberme dejado solo. Les juré que no me iba a matar antes de verlos. Creo que vienen en unos diez días. Mi mujer no dio señales de interés, lo entiendo. Mis amigos han vuelto a visitarme. Pero lo principal, al no tener miedo a la muerte mi creatividad musical volvió a presentarse. En menos de un mes ya terminé el vals y estoy escribiendo una sinfonía que pienso será la mejor. Llevo dos movimientos que me tienen entusiasmado. Ya olvidé dolores y mi ceguera. Es más, ya hasta pude mover un dedo de la mano izquierda. No se imagina lo feliz que soy.

Muy bien, lo felicito, dijo Tanatos, ahora serviré la segunda copa. Estará más fría y por lo tanto más sabrosa que la primera. Después de ella le pido cierre los ojos pues no a todos les gusta ver el momento en que los inyecto. Le aseguro que tengo buena mano y no le va a doler mucho.

-Le estoy diciendo que ya no quiero morir, que ya me arrepentí, que la vida tiene nuevamente un sentido. Puede llevarse la botella o lo que queda de ella.

-Siempre sucede lo mismo, todos los que piden asistencia al último minuto se arrepienten o dicen arrepentirse. Es natural. Nos cuesta mucho dejar la

tierra. La jeringa ya viene preparada, por un exceso de higiene le limpiaré el brazo aunque es algo inútil. Lo sé. Pero las reglas son las reglas. Permítame que le quite el saco.

-Le digo que ya no quiero morir. Déjeme el saco puesto. ¡Le estoy diciendo que me deje el saco! ¿Es que no entiende?

- Listo, ahora le arremango la camisa y le limpio con alcohol la zona. Está frío.

- Voy a gritar para que me ayuden. Es usted un criminal.

- Son sólo dos centímetros. No es mucho. ¿Sintió el piquete? ¿Verdad que no?

- ¡Auxilio, me matan! ¡Por favor!

- No tardarán los de la agencia. Me gusta el gesto con el que quedó usted. Es una especie de sonrisa, una sonrisa enigmática. La verdad que pensé que usted iba a ser diferente a los demás, me equivoqué. Y es que pensamos que los artistas siempre son diferentes. Pero ya veo que no. Hasta luego y gracias por su cooperación.

Tomás Urtusástegui

Abril 2008